

Ser discípulos misioneros hoy en América Latina

Aporte para la V Conferencia de Aparecida

Pedro Trigo, s.j.*

EXPRESIÓN DE LA IGLESIA LATINOAMERICANA EN CONTINUIDAD CON MEDELLÍN Y PUEBLA

Para mayo del año que viene, en el santuario nacional de Aparecida, en Brasil, ha sido convocada por Benedicto XVI, a petición del CELAM, la V conferencia General del Episcopado Latinoamericano. El tema de la conferencia, que sirve de lema para su convocatoria, es “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. Y a continuación una cita evangélica: “Yo soy el Camino la Verdad y la Vida” (Jn 14,6).

Es muy positivo que la convocación y el tema de la conferencia se gestaron en América Latina con el propósito expreso de proseguir el magisterio latinoamericano y viendo la insuficiencia del esquema sinodal, tal como actualmente se realiza, que es sólo una cualificación al magisterio del Papa. Los obispos latinoamericanos deseaban vivamente volver a expresarse como representantes de la Iglesia latinoamericana, es decir ejercer de este modo intenso y solemne su condición de Iglesia regional.

Para llevar a cabo este propósito, tan sinceramente expresado, es preciso mantener la continuidad expresa de Medellín y Puebla, es decir rescatar lo esencial de esas conferencias para nuestro momento, tanto en contenidos como en el método. El primer aporte es, pues, que se retome el método ver-juzgar-actuar y esos aportes medulares.

Prácticamente todos los artículos que he leído sobre el documento de

participación insisten en ese punto: corrigiendo el método de Santo Domingo, tenemos que retomar el método que ha caracterizado no sólo las conferencias de Medellín y Puebla sino, a través de su influencia, el quehacer de lo más vivo de los cristianos organizados en América Latina. Dicho de otro modo, de acuerdo con la *Gaudium et Spes*, hay que empezar auscultando los signos de los tiempos para percibir en ellos el impulso del Espíritu de Jesucristo.

El método compone una suerte de círculo hermenéutico: nosotros vemos, es verdad, desde la fe; pero a su vez la fe quiere ver, busca hacerse cargo honradamente de la realidad. Dicho de otro modo, el cristianismo es una mística de ojos abiertos. El siguiente paso tematiza lo que antes era perspectiva: busca iluminar esa realidad desde la fe evangélica. En esto consiste la imbricación entre ambos pasos. Por eso del segundo queda excluida la presentación de una abstracta doctrina cristiana. La consecuencia del tercer paso respecto de los anteriores consiste en hacer propuestas que superen el punto de partida, transformándolo desde el evangelio encarnado. Queda, pues, excluido el voluntarismo vacío que prescribe que se haga lo que en el ver se comprobó que no se hacía o que se deje de hacer lo que se hacía mal o que se modifique lo que se hacía defectuosamente.

Refiriéndonos a los aportes medulares de esas dos conferencias paradigmáticas, habría que retener de Medellín la referencia intrínseca de la evangelización al desarrollo integral, entendido como liberación por estar inmersos en una situación de pecado, a par-





Sólo gente como los discípulos pueden dotar de alma a la mundialización, es decir pueden cualificar las relaciones de todos con todos llevándolas a trascender lo meramente útil, el punto de vista y el provecho propio, para instaurar la mutua referencia positiva, tanto en la emulación como en la ayuda y en la convivencia, y salvaguardar a la vez la libertad insobornable del sujeto.

tir de la condición de sujeto del pueblo y de sus organizaciones, desde una Iglesia colocada estructuralmente al lado de los pobres y estructurada orgánicamente desde las comunidades de base. De Puebla, la reafirmación de la opción de Medellín, cuando era patente el costo altísimo de seguir este camino pascual, la consideración del pueblo como sujeto cultural y espiritual y por tanto la valoración del catolicismo popular, y la importancia de entregar la Biblia, sobre todo los evangelios, al pueblo.

El documento de participación no sigue este método. Por el contrario, comienza con una fenomenología absolutamente genérica sobre la aspiración de los seres humanos a la felicidad, para de ahí pasar a la afirmación de que Jesucristo es el que la proporciona. El encuentro con Jesús da lugar al discipulado, que se vive en la Iglesia. Se hace ver cómo bastantes latinoamericanos se han alejado de la Iglesia y se propone una gran misión para que vuelvan. Esa gran misión se da en un mundo hostil a la Iglesia.

En esta secuencia. El mundo es el escenario o a lo más el destinatario de la misión. No es el lugar donde acontece la salvación (y donde se resiste a ella) según el plan de Dios revelado en Jesús. Por eso no se plantea el discernimiento de los signos de los tiempos: se sabe lo que hay que hacer independientemente de auscultarlos. La salvación no es encarnada ni histórica, ni por tanto el discipulado ni la misión. La Iglesia es el ámbito de salvación (se salvan del naufragio universal los que entran en la barca de Pedro), no su sacramento, es decir quien la proclama y se pone a su disposición, reconociendo que el Espíritu del Resucitado actúa también más allá de sus fronteras, según el criterio de la *Gaudium et Spes*, que recogió Medellín y Puebla.

Por supuesto que el Documento de Participación no cita a Medellín y casi no cita a Puebla, ni sobre todo se refiere a su contenidos medulares. Más en general no es la voz de la Iglesia latinoamericana sino que se hace eco constantemente de documentos vaticanos, tanto pontificios como el Catecismo. Sin embargo, ha sido concebido expresamente como de participación, y en efecto ha provocado en bastantes diócesis y en algunos países

muchos aportes, a través de las fichas editadas para ello y a través de contribuciones libres de quienes sintieron las fichas un cauce demasiado estrecho, ya que son en todo caso comentarios al texto del documento y no están concebidas como posibles alternativas al mismo.

No contento con el mecanismo de las fichas, el CELAM viene desarrollando encuentros sistemáticos con diversos colectivos sobre los contenidos de la quinta conferencia, el último planeado es con mujeres y tratará sobre el aspecto de la vida (*para que nuestros pueblos en Él tengan vida*), por considerar, con razón que su sensibilidad en este punto es más afinada que la de los varones. En general la próxima conferencia no acaba de despertar el ánimo de los católicos latinoamericanos. Pesa negativamente la mala experiencia de Santo Domingo en la que un sector del Vaticano la secuestró y se teme que pase lo mismo y los aportes propios no sirvan de nada.

Creemos, con fundamento, que hay voluntad de contar con la participación lo más abierta posible de los católicos latinoamericanos. Y, en todo caso, nos parece muy oportuno entrarle decididamente al tema.

UN TEMA MEDULAR Y PERTINENTE

Queremos recalcar que, según nuestro criterio, es muy pertinente el tema escogido: además de constituir en sí mismo un tema cristiano medular, responde al momento, tanto eclesial como histórico. Por eso le damos todo nuestro apoyo, aunque no ocultamos nuestro temor de que el pietismo lo secuestre y empequeñezca. Vamos a mostrar su pertinencia.

PASO DE UNA IGLESIA DE TRADICIÓN, REGENTADA POR CLÉRIGOS, A UNA IGLESIA DE CONDÍSCIPULOS QUE SIGUEN LA MISIÓN DE JESÚS

Primero su pertinencia respecto del momento eclesial. En América Latina hay mucha gente buena religiosa, es decir que se relaciona con Dios y trata de seguir lo que piensa ser su voluntad. La mayoría de ellos se definen como cristianos, tienen una referencia a la persona de Jesús como el enviado de Dios para salvarnos y trata de cumplir

con la Iglesia, con sus directrices o al menos con las que les parecen más trascendentes, y asiste a la misa cuando hay algún motivo y, si puede según la normativa eclesiástica, se une con el Señor en la comunión. En la estimativa de la mayoría de la gente religiosa de América Latina, ese modo de vivir se expresa ante todo en la relación de confianza y respeto con Dios y en la ayuda al necesitado y la buena relación con todos.

Sin embargo, esto no equivale a ser discípulos de Jesucristo. Serlo supone escucharlo y poner por obra lo que dice, en definitiva seguirlo. Como Jesús no está aquí, el modo de escucharlo es contemplarlo en los evangelios para ver de un modo pormenorizado la relación que él tenía con su situación y tener nosotros una relación equivalente con la nuestra. La oración a Jesús sin la mediación de los evangelios es insuficiente para ser discípulo porque Jesús no nos va a decir al oído ni lo que él vivió en su vida mortal ni lo que implica en cada momento su seguimiento. Tampoco es lo mismo ser discípulo suyo que recibir en el santo sacrificio de la Misa los frutos de su redención. Él, después de resucitar, envió a sus discípulos a proseguir la misión que el Padre le encomendó. Esta misión es el reinado como camino para el Reino. Nosotros podemos seguirla porque él envió desde el Padre a su mismo Espíritu. Él nos capacita para abrirnos al Padre, confiar absolutamente en él y ponernos a su disposición para construir el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Este seguimiento en la vida histórica es el que se celebra en la Cena del Señor.

Como obstáculo para constituirnos como discípulos de Jesús está el desconocimiento de Jesús de Nazaret a través de los evangelios, leídos o escuchados discipularmente, es decir abiertos en principio a seguir lo que nos diga, aunque trastorne nuestros planes o se oponga a nuestra mentalidad y sensibilidad y a nuestro modo de relacionarnos. Este encuentro entabla un proceso de transformación radical, una conversión a fondo, que nos convierte en discípulos y transforma nuestras relaciones y nuestra posición en la sociedad.

Ahora bien, esta lectura discipular no puede llevarse a cabo en una Iglesia concebida como de masas, de tradi-

ción, pastoreada unidireccionalmente por los pastores, que son los que enseñan la doctrina cristiana y llevan a cabo el culto. En la lectura discipular de la Palabra, por el contrario, todos son oyentes de la Palabra, que es el único Maestro, aunque el que ha estudiado puede ayudar a que todos comprendan en nuestro tiempo y cultura lo que la Palabra quiere decir. Pero después de este paso previo, todos escuchamos como condiscípulos a la Palabra, que nada tiene que ver con escuchar al especialista los que no han estudiado Biblia.

Los que se definen como discípulos antes que como jerarquía, consagrados o laicos, viven en relaciones mutuas, es decir como condiscípulos. Estas relaciones mutuas (ayudarnos unos a otros, corregirnos, querernos, soportarnos, edificarnos, enseñarnos...) engendran comunidades vivas que son el sacramento de la misión: embriones del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Para que la Iglesia tome esta figura es imprescindible una conversión de los miembros de la institución eclesiástica que los lleve a definirse como discípulos y condiscípulos antes que como pastores, y a propiciar estas relaciones mutuas.

La escucha de la Palabra, tanto solos, en la oración diaria que cada discípulo necesita para vivir cada jornada según la consigna del Maestro, como en la comunidad de condiscípulos, es en orden al seguimiento, es decir a la participación de su misión. Hoy, como en tiempos de Jesús, ponemos nuestras vidas al servicio del Reino, conscientes de que, tanto en nosotros como en nuestro ambiente, es mucho lo que se opondrá a ser configurado por él. Esto exige un cambio de mentalidad, de actitudes, de relaciones y no menos una transformación de estructuras e instituciones. Esto es sumamente costoso, tanto que nunca lo realizaremos completamente ni en nosotros ni en nuestro ambiente. Sin embargo, no podemos resignarnos a no emprender este proceso cada día, venciendo de nosotros mismos y pagando el precio social indispensable. Como hoy vivimos en uno de los momentos más injustos que recuerda la historia, es gravísima la tentación que nos acecha de buscar otro camino menos costoso, una gracia más barata.

EL PIETISMO, SUCEDÁNEO DEL VERDADERO DISCIPULADO

El pietismo es el camino que se está intentando. El punto de partida es abstraer la injusticia y considerar sólo la secularización y luchar contra ella, omitiendo la lucha contra la injusticia, sin ver que la secularización va unida a la idolatría, que consiste en absolutizar lo científico-técnico y la forma que adopta de mercancía, y relativizar la persona, el desarrollo humano y las relaciones, tanto filiales con Dios como fraternas con todos los seres humanos. El pietismo separa a Cristo de Jesús de Nazaret y a éste de la proclamación y dedicación a que acontezca el Reino. Restringe el encuentro con Jesús a la oración y el culto, y omite el seguimiento que se realiza en la vida. La fidelidad en la vida la limita al cumplimiento de la legalidad y sobre todo a la moral privada, enfatizando lo relativo a la sexualidad.

Es una gran tentación porque pasa por alto lo que la *Gaudium et Spes* calificaba de nuevo humanismo, entendiéndolo que en él se juega hoy la fidelidad cristiana, "en el que el ser humano queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia" (55). Responder ante Dios de los rostros concretos que son los hermanos, en primer lugar los pobres, pero también los desconocidos y los enemigos, y responsabilizarse de la marcha de la historia, de la justicia de sus mecanismos, del grado en que contribuyen al desarrollo de todo el ser humano y de todos los seres humanos, es algo muy exigente, tanto que no se aviene fácilmente, o por mejor decir que no es compatible, con la dedicación exclusiva a la maximización de la ganancia y al disfrute de sus beneficios.

Vivir una vida devota, en el sentido reducido que indicamos, está más al alcance de la mano y además otorga el equilibrio indispensable para vivir según las reglas de este mundo. Como esta propuesta se lanza desde personas investidas de autoridad sagrada, es mayor el peligro de aceptarla, porque, además de ser muchísimo más barata, está nimbada de prestigio.

EL DISCÍPULO COMO SUJETO HUMANO CABAL, COMO PERSONA

También conspira contra la constitución de discípulos el individualismo ambiental, que es el resultado de la adaptación inconsciente y por eso acrítica a la dirección dominante de la globalización, que es el totalitarismo de mercado. En el mercado no existen entidades públicas sino privadas. Todos quedan definidos como consumidores de las mercancías publicitadas por las que se nos hace creer que vale la pena vivir. Pero para poder adquirirlas, hay que cualificarse como productor competitivo. De este modo la persona queda unidimensionalizada y además reducida a la condición de miembro de conjuntos y no de fuente, de sujeto humano.

El individualista piensa que es sujeto, que él se hace la vida, y no comprende que se reduce a miembro de conjuntos que determinan tanto las posibilidades como los límites.

Este individualista, que se cree autárquico sin serlo, piensa que un discípulo no es suficientemente sujeto. No puede captar que el discípulo ha liberado su libertad a través de las relaciones fundantes: a través de la religación con Jesús y a través de ella con Dios y con los demás. Son relaciones en libertad. Primero recibimos la relación de Jesús que nos constituye en hijos de su Padre y en hermanos de los seres humanos desde el privilegio de los pobres. El discípulo responde libremente a Jesús y se relaciona como hijo con Dios y como hermano con todos.

Me parece muy relevante llegar a comprender que al individualismo actual no se lo supera desde el grupalismo y menos aún desde el comunalismo o desde el colectivismo, que son versiones del otro polo del mismo horizonte, es decir lo contrario del individualismo ambiental, tan insuficiente, por unilateral, como él, y no lo contradictorio, que es lo único que puede superarlo. El discípulo es un verdadero sujeto porque al recibir la vida del Padre y corresponderle entregándola a los hermanos del mismo modo de Jesús y con su mismo Espíritu, se ve libre del síndrome de la lucha a muerte por adquirir seguridad, que lo entrega a la avidez y lo vuelve un competidor de los demás, que está obligado a prevalecer sobre ellos. Al vivir de fe, de la

confianza que tiene en que Papadios es su vida, relativiza la lucha por la vida y libera espacio para el reconocimiento gratuito de los otros y el establecimiento de lazos constituyentes tanto públicos como privados, lazos que van más allá del propio interés, aunque pueden contenerlo desde la mutua libertad. Este sujeto humano es libre y libera su libertad al entregarla gratuitamente entablando lazos gratuitos. Un sujeto que se define por relaciones es una verdadera persona humana en la que las relaciones, entabladas desde la libertad, lo constituyen a la vez como sujeto y como religado, en concreto como hija o hijo de Dios y como hermana o hermano de todos.

Sólo gente como los discípulos pueden dotar de alma a la mundialización, es decir pueden cualificar las relaciones de todos con todos llevándolas a trascender lo meramente útil, el punto de vista y el provecho propio, para instaurar la mutua referencia positiva, tanto en la emulación como en la ayuda y en la convivencia, y salvaguardar a la vez la libertad insobornable del sujeto.

Esto es lo que está en juego en el tema de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se reunirá en mayo del año que viene en Aparecida. Dios inspire a los que allí se reúnan para que caminen en esta dirección, y a todos los católicos del continente para que colaboremos en que así sea.

*Miembro del Consejo de Redacción